

Nota autobiográfica de José San Martín Santamaría (1915-2001)

Tenía una pierna con herida de bala y fui el primero en ser evacuado en una ambulancia junto a seis oficiales más. No podía ir sentado y me dejaron en una camilla en la iglesia de Molló, un pueblecito junto a la frontera. Pasamos la noche en aquella pequeña iglesia llena de camillas y al día siguiente, por la mañana, en una ambulancia nos trasladaron hacia la frontera.

Íbamos por una pista muy estrecha y detrás nuestro subían más vehículos. Cuando hubieron evacuado a los heridos vi cómo entre varios soldados tiraban la ambulancia montaña abajo en la parte española para dejar subir a los vehículos que venían detrás.

Desde allí, en camilla y llevados a brazos nos

trasladaron hasta un lugar donde empezaba la carretera francesa cerca de Prats de Molló. Como nos llevaban unos diez o doce pasos y se iban relevando los equipos, estuve bajando en camilla hasta las seis de la tarde en el mes de enero. Suerte que aquel día no había nieve. Delante mío vi como uno de los portadores de una camilla tropezó y rodaron los dos portadores y el herido montaña abajo.

Nos dejaron envueltos en mantas hasta las ocho de la mañana del día siguiente en que un camión-volquete pequeño nos dejó a la entrada del pueblo.

Nos preguntaron si podíamos andar y entre un teniente maño que estaba herido en la pierna derecha y yo que lo estaba en la izquierda, nos cogimos por los hombros y poco a poco fuimos andando.

En estas un gendarme francés nos gritó:

–Allez, allez, vite! (¡Caminad deprisa!)

Yo me lo miré, me apoyé junto a una casa y le contesté en francés:

–Yo me siento aquí. Mi compañero está herido en la pierna derecha y yo en la izquierda.



Al ver que yo hablaba francés me preguntó si conocía dicha lengua. Yo le respondí que lo entendía bastante bien y lo hablaba un poco. Entonces nos hizo quedar allí sentados y avisó para que nos vinieran a buscar en camilla.

Mientras estábamos allí, vio que yo llevaba unos cigarrillos ya liados aunque tenía que mojarse el papel para poderlos fumar.

Me pidió uno y al ponérselo en la boca se le cayó todo el tabaco. Nosotros nos reímos y él se lo tomó a mal pensando que nos burlábamos. Pero le di otro cigarrillo haciéndole mojar el papel y se lo pudo fumar tranquilamente.

Al cabo de un rato fuimos trasladados por unos soldados que nos llevaron en camilla a unas naves llenas de paja y nos dejaron allí tirados.

El gendarme que nos atendió primero le dijo al capitán francés, que estaba a su mando, que yo sabía hablar francés. Me hizo sentar en una mesa y a medida que iban pasando por allí los refugiados yo iba traduciendo sus datos a los soldados franceses que nos iban tomando las filiaciones.

Yo protesté pues no sabía si tendría ánimo para aguantar allí después de dos días sin probar bocado.

—No te preocupes —me respondió.

Al cabo de poco rato volvió con un gran chusco relleno de carne y una botella de vino:

—Supongo que después de esto tendrás ánimos suficientes.

—¡Ya lo creo mi capitán!

Como llevaba el uniforme con las insignias, me preguntó qué graduación tenía, le respondí que era teniente.

Estuve allí dos días sin que me hicieran cura alguna pues a los médicos españoles no les permitían hacer las curas y el médico del pueblo que venía por allí no tenía la práctica de los nuestros.

El capitán telegrafió a su unidad y dejaron que nuestros médicos pudieran curarnos proporcionándonos el material necesario, aunque no los dejaron salir de allí.

En la primera expedición que salió en un gran autocar, iba yo. Nos habían colocado a cada uno una etiqueta con los datos personales y los de la enfermedad o herida que padecíamos.

Primero fuimos a parar a Arles donde encontramos un gran número de españoles heridos o enfermos.

Un teniente que había estado en la misma escuela que yo me dijo:

—Si quieres venir, te enseñaré mi casa.

Esta era un vagón de tren lleno de paja. Lo difícil fue subir, pero una vez arriba pude dormir.

A los dos días llegó un gran tren hospital y nos metieron en él. Tras un pesado día de trayecto, parando en todas las estaciones en las cuales unas señoritas de la cruz roja nos ofrecían café con leche o bocadillos, fuimos a parar a Marsella.

Allí, y según la clasificación que teníamos escrita en las etiquetas que llevaba cada uno, nos metieron en unos grandes barcos.

Como en mi etiqueta me clasificaban de intérprete fui acomodado en un buen camarote del barco "Providence", cerca de la sala de curas.

En el mismo barco estábamos unos mil hombres entre enfermos y heridos. En dicho barco se amputaron muchas piernas. A mí me ocurrió una anécdota a este respecto:

En mi camarote había cuatro camas en dos literas. Según mi etiqueta me correspondía la 112A que era una cama de la parte baja de la litera. A otro compañero le había correspondido la 112B que era la misma litera pero en la cama de encima. Como dicho compañero tenía la pierna muy mal herida y le costaba subir, nos cambiamos ambos las camas respectivas.

A los dos días vinieron unos camilleros y me dicen:

–Baja de la cama que tienes que ir a la sala de operaciones.

–No soy yo, es el compañero que está debajo, que nos hemos cambiado la cama– les respondí.

Pero ellos, tozudos, me hicieron subir a la camilla. Me llevaron al médico a quien expliqué lo que sucedía y le mostré mi etiqueta. El médico me miró la herida y vio que realmente yo tenía razón. Hizo llamar a los camilleros y subieron al otro compañero al que luego supe que le amputaron la pierna porque la tenía muy gangrenada.

En el camarote había un oficial que era de Estado Mayor en el departamento de cartografía, pero lo suyo era el dibujo de caricatura. Solo con ver a una enfermera ya la estaba dibujando. A los médicos los tenía igualmente caricaturizados a todos.

Un día que él no estaba le enseñé el cuaderno a la enfermera que se había hecho amiga mía y que siempre me favoreció, aunque le rogué que no lo dijera a nadie. Cuando empezó a ver caricaturas no pudo aguantar la risa y más cuando se vio a ella misma.

Me pidió que le dejara el cuaderno, pero le respondí que no era mío y me metería en un gran lío.

Al cabo de un rato volvió con un médico y dos enfermeras más. Pero en aquel momento estaba en el camarote el compañero dibujante:

–¿Quién os ha dicho que tengo este bloc de dibujos?– preguntó.

Yo le dije que él tenía la culpa ya que se lo había dejado encima de la cama y la enfermera lo había ojeado.

No se puede uno hacer la idea de lo que disfrutaron todos viéndose allí caricaturizados. Le llegaron a ofrecer bastante dinero por el bloc de dibujos, pero él no quiso venderlo, pretendía

exponerlo en París donde pensaba que le llevarían para operarle de la boca la cual tenía en muy mal estado a consecuencia de un accidente de coche. El pobre, sólo podía tomar cosas líquidas.

Una de las caricaturas que hizo más gracia era una en la que aparecía el Director de aquella especie de barco-hospital, un hombre bajito con cara seria y los dientes muy abiertos. Estaba sobre una mesa de operaciones con un paciente. Tenía en una mano un gran serrucho y con la otra cogía la pierna del paciente que gritaba: "Esa no, doctor, que es la buena".

Tres días después nos evacuaron de allí. Al compañero dibujante le desapareció el bloc. Aunque estoy seguro que no debió ser ningún francés el autor del robo, sino algún español pues llegaron a ofrecerle 50.000 francos de 1939, toda una fortuna si pensamos que entonces un paquete de cigarrillos valía 2 francos.

Desde Marsella fuimos a un pueblo de la costa: Le Grau du Roi.

La mayoría llegamos con sarna y durante ocho días tuvimos que ir al hospital donde nos metían en unas duchas con un jabón medicinal y al salir de ellas unas enfermeras nos fregaban con una especie de esparto con un líquido con olor alcanforado que nos picaba de una manera terrible, especialmente en los testículos.

Una vez terminado el fregoteo que nos hacía sangrar, nos secábamos junto a un radiador y nos daban cada día un pijama nuevo y desinfectado.

A los que habíamos llegado de Marsella nos repartieron en tres lugares: un colegio de monjas, un castillo –donde yo estaba– que era una residencia protestante y un chalet que era una residencia de colonias de vacaciones. Estuvimos allí hasta el 15 de mayo. El jefe era el médico que venía cada día a curarnos ayudado por unas señoritas de la cruz roja. Yo continué de intérprete.

El primer día me llamó el médico y me dijo:

–Dícales a sus compañeros que pueden ir hasta la alambrada a tomar el sol, que no salgan del recinto, que se porten con corrección pues al que no lo haga le mandaremos al Campo de Concentración sin curarle para que le curen allí.

Nos vigilaba un cabo y cuatro gendarmes.

Aquella misma tarde ya me las tuve con el cabo: La cerca de la alambrada estaba junto a la carretera y pareció que se dio cita allí la mayoría del pueblo, algunos nos daban tabaco, pero como impedían la circulación el cabo me llamó y me dijo:

–Dícales a sus compañeros que se retiren. ¿No les da vergüenza tirarse por el suelo para recoger cuatro cigarrillos?

–El jefe nos ha dicho que podemos ir hasta la alambrada y ni yo ni mis compañeros nos tiramos por el suelo a coger tabaco, sólo lo cogemos si nos lo dan en la mano.

La comida que nos daban era buena y abundante: dos platos, pan y postre y algunos días un vasito de vino. Pero al cabo de ocho días la jefa de las enfermeras me dijo que nos habíamos comido la ración de pan de veinte días.

Le respondí que la culpa era suya por no haberlo racionado. A partir de aquel día lo racionamos dando un trozo de pan a cada uno a la entrada del comedor y con el pan que nos daban, algunos aún podíamos limpiar el plato.

Cada semana el médico pasaba revista y tal como la gente se iba curando de sus heridas salían para el Campo de Concentración, aunque yo estuve hasta que nos sacaron a todos. Entonces, el hombre me dijo:

–Tengo un gran disgusto al mandarle a usted al Campo de Concentración, pero no le puedo mandar a un hospital pues ya hace días que está completamente curado.

Con los gendarmes y el cabo llegamos a ser buenos amigos. En una ocasión el cabo me mandó llamar para preguntarme por unos gamberros, yo le dije que no podía ayudarle pues estaba de intérprete y no de policía. Comprendió que tenía razón y nunca más me volvió a preguntar sobre un tema así.

El Campo de Concentración al que fui a parar se llamaba Saint Cyprien sur Plage. Cuando llegué allí ya estaba arreglado con barracones y cocinas, claro que el rancho que daban no era como el del hospital, pero se comía bien para el trabajo que hacíamos.

En este Campo estábamos unos 25.000 hombres aunque, según me dijeron, al principio había muchos más entre hombres, mujeres, ancianos y niños a los cuales se los llevaron más tarde a otros Campos.

En el barracón al que me destinaron, junto con otro compañero, todos tenían una cama. Los que estaban allí instalados nos dijeron que si queríamos dormir en cama nos la teníamos que fabricar. Por la noche, cogimos unos trozos de toldo de unos camiones españoles aparcados allí, y unas barras de madera de unos barracones que estaban construyendo, lo llevamos a nuestro barracón y, a la mañana siguiente, con unas herramientas y unos clavos que sacaron de un escondite bajo el suelo, hicimos las dos camas. En ellas se dormía mejor que en el suelo aunque al hacerlas nos jugamos ser cogidos "in fraganti" por los gendarmes los cuales de habernos pillado nos habrían metido en el "Trou" (El agujero), una especie de barracón de castigo con techo, pero al que le faltaban la pared lateral y una frontal y donde sólo te daban la mitad del pan y un trozo de bacalao seco para comer y otro para cenar. Allí estabas aislado por alambrada y guardado por los gendarmes.

El compañero que salió conmigo del hospital se llamaba García y tenía un hermano menor que estaba en el Campo de Septfonds; igual que yo que tenía a mi hermano Manolo también allí. Le

escribí diciéndole que buscara al hermano de mi compañero. Se encontraron y se hicieron grandes amigos, aún hoy les dura aquella amistad.

Uno de los integrantes del barracón era relojero. Como tenía algún franco, compró un par de relojes estropeados y con las piezas del uno arregló el otro. Cuando lo puso en marcha me dijo:

–Tu que hablas francés a ver si sabes venderlo y lo que saques nos lo repartimos a medias. A mí me ha costado 80 francos, lo que logres de ahí para arriba, será negocio.

Me lo puse en la muñeca y me fui a pasear por un paseo al que denominábamos "Paseo de la Libertad", que era el único lugar con suelo no arenoso como el resto del campo, situado en la zona de la playa.

Paseando por allí encontré varias parejas de gendarmes y sin decir nada, cuando pasaba delante de ellos me miraba el reloj para que lo vieran bien.

Uno de ellos me preguntó si quería venderlo.

–No puedo hacerlo, es un recuerdo de familia, aunque tengo necesidad de algún franco pues no tengo tabaco y soy fumador– le contesté.

Me dio un pitillo, pero me lo quitó. Entonces le dije:

–Por 900 francos es suyo.

Se echaron a reír y me ofrecieron 150. Por fin regateando, regateando logré venderlo por 500 francos más un paquete de tabaco.

Volví al barracón y el compañero me preguntó:

–¿Lo has vendido?

–Va no hemos hecho mucho negocio.

–Es igual si has sacado 50 ó 60 francos ya tenemos para fumar.

–He sacado 500 ¿qué te parece?

Él quería que nos repartiéramos 250 francos cada uno, pero yo sólo acepté 200 pues él había hecho el trabajo de arreglarlo.

A partir de aquel día me fui dedicando a vender lo que él arreglaba y así no nos llegó a faltar el tabaco ni el chocolate, papel de cartas, sellos etc.

Un buen día me enteré que a los oficiales nos pagaba el Gobierno republicano 500 francos por mediación del SERE (Servicio Español de Refugiados del Ejército). Con otro compañero nos escapamos a Perpignan –que estaba a unos 25 Km– para cobrarlo. Cuando anochece cruzamos la alambrada y después de estar toda la noche andando nos pescó un furgón de la gendarmería. Aquella noche recogieron a unas veinte parejas a unas distancias aproximadas de un kilómetro unas de otras. Parecía una fuga organizada. La verdad es que no nos conocíamos de nada ni nos habíamos puesto de acuerdo. Finalmente nos devolvieron al Campo y el jefe del mismo, que era un Teniente Coronel nos acusó de fuga organizada.

Pedí permiso para hablar y le intenté explicar que éramos de diferentes barracones y ni siquiera nos conocíamos, que nuestro único objetivo era el de cobrar los 500 francos que, como oficiales que todos éramos, nos habían de pagar en Perpignan.

Sin embargo, el Teniente Coronel no tuvo consideración alguna con nosotros, a pesar de que en su interlocución dijo que a los oficiales nos había tratado siempre con un cierto miramiento. De todas maneras, en lugar de mandarnos al Campo de castigo de Cotllioure nos arrestó quince días en el "Trou" del que ya he hablado anteriormente.

Yo sólo permanecí allí tres días pues uno de los que estaba arrestado conmigo, un chico muy bajito me preguntó si quería alistarme en la Legión francesa. Naturalmente, le respondí que no. El insistió preguntándome si tenía alguna cicatriz de alguna herida. Yo le respondí que sí y le enseñé mi herida de la pierna.

—No te preocupes, entonces. Antes de alistarte en la Legión te hacen un buen reconocimiento médico. Cuando te vean la herida les dices que te dificulta bastante para poder andar deprisa y ya verás cómo no te admitirán. De todas maneras pasaremos ocho días en el cuartel de la Legión comiendo bien. A mí no me quieren porque soy demasiado bajo y no llego a la talla que piden. Cuando llegues allí das el nombre que quieras porque no hace falta dar tu nombre real, aceptan el que quieras darles y nadie te molesta.

Nos convenció a quince de los que estábamos con él. De los quince volvimos al Campo diez.

Cuando me hicieron la revisión en el cuartel de la Legión, el Capitán Médico me preguntó:

—¿Le estorbaría esta herida para hacer una marcha de 20Km?

—¿Qué dice Vd.! No puedo hacer ni un kilómetro andando con mi herida.

—¿Qué te has creído que aquí nos dedicamos sólo a hacer paseíllos o qué?

—No, mi capitán, pensaba que podría ser útil al menos en la cocina o en un almacén de intendencia. ¡Yo sólo quería servir a Francia!

—Lo siento, pero no eres útil.

Total que estuvimos por allí unos ocho días y nos devolvieron de nuevo al Campo.

Una vez llegamos a Saint Cyprien me mandaron en una expedición al Campo de Gurs. Este campo estaba distribuido por islotes de cuatro barracones. Al que fui a parar preguntaron si alguien hablaba el francés y me presenté de intérprete.

Me tocó hacer de intérprete para un capitán francés al que llamábamos el "sin café", pues por las noches cortábamos alambres de las alambradas que dividían los islotes. Los usábamos para hacer somieres para las camas. Cuando el capitán veía que faltaban alambres dejaba al islote ocho días sin café ya que nunca salían los culpables por mucho que preguntara.

Un día le intenté razonar que aunque sólo nos arrestaba a nosotros también podían ser los de los islotes colindantes los que lo hacían y de todos modos si la gente los cortaba era únicamente para

poder dormir sobre un somier y no en el suelo. Parece que lo comprendió un poco y desde aquel día no volvió a arrestarnos sin café.

Cierto día nos anunciaron que el General Gamelin, el jefe del ejército francés pasaría revista al Campo. A las siete de la mañana nos hicieron levantar a todos y nos hicieron formar.

Todos pensábamos que estaríamos allí aguantando la formación por lo menos hasta mediodía, acostumbrados a las formaciones de revista de nuestro ejército. Sin embargo a las ocho de la mañana ya estaba allí el general con su séquito pasando revista a la formación.

En otra ocasión pedí una entrevista con el Teniente Coronel, jefe del Campo, que estaba en el puesto de mando a unos dos Km. El cabo me llevó a un capitán el cual me preguntó por qué quería verlo. Le contesté que tenía un hermano menor en el Campo de Septfonds y quería pedirle si sería posible juntarnos a los dos en un mismo Campo.

Me dieron hora de visita para el día siguiente a las ocho de la mañana.

Yo me presenté a las nueve y me dijeron que ya se habían acabado las visitas.

–Si quieres puedes volver mañana a las ocho. Pero si haces tarde, ya no habrá más entrevistas posibles.

Al día siguiente, a las ocho menos cuarto ya estaba allí esperando.

–Puntualidad militar, ¿eh? –me dijo el capitán–.

Me hizo esperar cinco minutos y entré en el despacho del Jefe del Campo que me recibió con corrección. Yo estaba firme, pero él me hizo sentar. Entonces le expuse mi petición a lo que me respondió que a la semana siguiente saldría de allí un camión de suministros hacia el Campo de Septfonds.

–Si quiere podrá ir con él hasta allí. Si quiere quedarse en Septfonds, le pregunta al chofer a qué hora ha de regresar hacia aquí. Vd. no se presenta y el marchará si usted. Después de que el camión haya partido, acuda al mando de Campo de Septfonds y les explica que el camión no le ha esperado. Si usted lo comunica al mando no le daremos por fugado y no habrá problema.

Mientras esperaba la llegada de este día, el lunes de la semana siguiente entró el Capitán en nuestro islote, me llamó y me dijo:

–Intérprete diga a todos los de los barracones de su islote que por orden del mando o se vuelven a España o se alistan a la Legión francesa.

Era hacia finales del mes de octubre de 1939, la Segunda Guerra Mundial ya había empezado y Alemania había atacado a Francia.

Mi hermano Manolo y yo no pudimos encontrarnos. Él, más adelante, iría a parar a Mauthausen. Yo, a pesar de haber sido oficial del Ejército Republicano, elegí volver a España.

Nos llevaron hasta Irún en un tren especial. Íbamos unos 300 hombres. Cuando vi al llegar los tricornos de la guardia civil, si hubiera podido echar marcha atrás habría vuelto para Francia, pero ya era demasiado tarde.

Como oficial del Ejército Republicano me podían condenar a 12 años y un día de cárcel. Como simple soldado sabía que me podía tocar un año en un batallón de trabajadores y luego licenciado volvería a casa.

Nos hicieron formar en cuatro filas delante de unas mesas y nos tomaron declaración. Después del nombre teníamos que hacer una declaración jurada. Te preguntaban si habías ingresado en el ejército republicano como voluntario o como forzoso.

Primero nos internaron en un Campo en Irún y de allí pasamos al Campo de la Magdalena en Santander.

Por las mañanas tocaban el "Cara el Sol" que nos hacían cantar a todos, después nos daban un chusco de pan bastante pequeño y una latita de sardinas o anchoas y eso era nuestro desayuno, comida y cena.

En el Campo de la Magdalena nos alojábamos en las caballerizas reales en un edificio cercano al Palacio Real, lugar al que, antes de la República, los reyes iban a pasar alguna temporada durante las vacaciones de verano. Hoy dicho edificio alberga la Universidad de Verano de Santander.

A mí me tocó dormir en el escenario de un teatrillo. Dormíamos de dos en dos con una manta debajo y otra encima.

Las condiciones de vida eran durísimas y los castigos frecuentes y de muy mal recuerdo. Cuando por la megafonía oías que llamaban a algún amigo, se te ponían los pelos de punta y lo compadecías pues era raro aquel a quien después de llamarlo no volvía medio lisiado o ya no lo volvíamos a ver más.

Los interrogatorios los dirigía el jefe del Campo que era un Brigada que andaba cojitranco debido a una herida de guerra. Lo primero que decía a todos era:

–Cabrón quizá fuiste tú el que me heriste y gracias a ti me voy a quedar cojo toda la vida.

Y después de esta presentación se iniciaba la primera paliza.

Dos meses después nos trasladaron a San Pedro de Cardeña. Desde la Magdalena hasta la estación que está bastante lejos, nos llevaron en dos hileras. Los guardias civiles y soldados que nos custodiaban apartaban a culatazos a la gente que nos daban paquetes de comida o nos tiraban lo que podían.

San Pedro de Cardeña para nosotros fue una cárcel terrible. Por cualquier cosa había palos. Crearon la figura de los cabos de varas, que eran presos como nosotros que se habían vendido y que pegaban latigazos a todo aquel que no obedecía a la primera o por cualquier nimiedad. A un compañero mío de Barcelona le dieron una paliza que lo dejó tan baldado que tuvieron que

llevarle al hospital. Todo el motivo de la paliza fue una confusión con su apellido de origen andaluz. Después de haberlo golpeado hasta la saciedad, les comunicaron que al que buscaban ya lo habían matado en otro campo de concentración.

Entre nosotros había prisioneros rusos y de otras nacionalidades, procedentes de las Brigadas Internacionales. A estos los trataban peor que a nadie. Sin mediar palabra les propinaban buenas raciones de latigazos. Hubo algunos de ellos que no pudieron soportar aquella situación y se tiraron por las ventanas del patio suicidándose.

Dormíamos en el piso superior en una sala en la que con una capacidad de cien nos habían metido a más de trescientos. Nos acostábamos sobre una manta que poníamos sobre una paja llena de piojos y otros muchos habitantes de otras especies y con otra manta nos tapábamos.

Dormíamos vestidos y con el calzado puesto pues cuando tocaban diana te daban un minuto escaso para bajar al patio para lavarte. Luego nos daban un poco de café con leche o algo parecido.

En aquel lugar no estuvimos mucho tiempo. Luego nos llevaron andando hasta Burgos para cargarnos en un tren. Durante el trayecto la gente nos abucheaba y nos insultaba con saña.

En la estación nos metieron en vagones de ganado, medio centenar en cada uno, de modo que era difícil sentarse.

Para comer aquel día nos habían dado una lata de conserva para cinco y un chusco de pan. Si tenías la mala suerte que al que llevaba la lata lo habían metido en otro vagón ¡a pasar todavía más hambre! Yo no tuve esta desgracia, por lo menos. La faena fue para abrir la lata pues en teoría no podíamos tener ninguna navaja aunque en realidad salieron más de diez en nuestro vagón.

Me mandaron en un batallón de trabajadores a Navarra. Nos trasladaron en camiones hasta un pueblo llamado Elizondo, luego seguimos a pie hasta Erratzu.

Se formaron dos Compañías de trabajadores. A mí me tocó la peor. Era una Compañía en la que un buen día se sublevaron un grupo de trabajadores, cogieron al soldado de guardia, le dieron un golpe y le cogieron el fusil. Luego apresaron al sargento y a toda la guardia y los llevaron hasta la frontera que estaba a unos 8 Km. de allí. Una vez allí quitaron los cerrojos de los fusiles y liberaron al sargento y a los soldados y se pasaron a Francia. El sargento y alguno de los soldados tampoco quisieron volver por temor del castigo.

Por eso cuando llegamos nosotros nos trataron muy mal, se comía poco y trabajábamos mucho. Realizábamos el trabajo casi en la frontera haciendo fortificaciones estilo "Línea Sigfrido". El lugar de trabajo estaba situado a unos 6 Km. de donde dormíamos, que era una casucha de campo destartalada. Cuando llovía, cosa allí muy frecuente, íbamos al tajo lloviendo, volvíamos lloviendo. A la hora de comer nos hacían bajar hasta la carretera y allí esperábamos formados la llegada del

camión que traía la comida. Comíamos formados y cuando acabábamos de comer seguíamos formados hasta la hora del volver al tajo.

Cuando se escapaba alguien cogían la lista y a los dos de delante y a los dos que le seguían los mandaban a la cárcel de Pamplona. Llegó a faltar la mitad de la Compañía.

En una montaña bastante alta trabajábamos veintidós parejas y teníamos que hacer 1,20 m de agujero en la roca por la mañana y otro tanto por la tarde. Con una caña medían los agujeros para ver si habíamos llegado a la profundidad requerida. Luego, el dinamitero cargaba los agujeros de dinamita y prendían la mecha para hacerlo explotar.

Un buen día el "machaca" o asistente del sargento se licenció y me recomendó a mí para sustituirlo. Fue mi salvación durante seis meses en los que sólo tenía que cuidarme de atender el teléfono y poner patatas al fuego para el sargento un poco antes de mediodía. Claro que además ponía algunas más para mí. El sargento nunca me llamó la atención por ello.

Después de haber pasado un año en Batallón de Trabajadores me licenciaron y pude volver a Lleida, donde tuve que presentarme a la Guardia Civil. Al cabo de 15 días de estar en casa me llamaron tanto a mí como a otros compañeros a través de un anuncio en el periódico. Me presenté en la Caja de Reclutas y ya no me dejaron salir de allí.

Nos llevaron a la estación y nos trasladaron a Barcelona al Cuartel de San Agustín.

Entonces me obligaban a hacer "la mili" hasta que a los 29 años me licenciaron. Había empezado mi servicio militar a los 21. Había pasado ocho años metido en el ejército, en guerra, en Campos de Concentración, Batallón de trabajadores... ¡Total, una juventud deshecha, como tantos de mi generación! Volvía, diez años después, a poder llevar una vida "normal" dentro de la España agobiante, negra, triste y silenciosa de la dictadura franquista.